

FRANCISCO DE QUEVEDO

MADRID está buscándote en la noche
encabritada de bélicas estrellas,
una capa furtiva, un negro coche,
unas sombras grosellas,
y una espada sutil y puntiaguda
sobre la llama de tu lengua aguda.

La mala leche corre por la vida,
el humo se destrenza en esqueletos,
nada se sabe de la luna herida,
nada de sus secretos.

Un tambor va rodando por el cielo,
tal una luna huyendo a contrapelo.

El portal se arrebuja en los postigos
de una ventana vacilante y muda,
la habitación helada, sin testigos,
la sábana desnuda,
el papel blanco, helado, el fiel papel
hechos pavesas en la pluma de él.

Cómo de entre su mano se desliza
el tiempo carcomido en tinta roja,
la vida puesta en el tablero, briza
la muerte y la despoja.
El reloj da las cuatro, mas no suena
reloj que es desconsuelo y es arena.

Allí en el cielo inicia el día el ruido
de la luz, los pregones encarnados
de un astro inmensa y lisamente herido
por los cuatro costados;
Francisco se restriega y destumece
en la dudosa claridad que crece.

En Palacio hace frío y luto y miedo.
Sombras que se deslizan, dagas dicen
no he de callar por más que con el dedo
amenazan, bendicen.

Lejos, San Marcos de León reposa
~~en~~ silencio y palor de luna y fosa.

